

MAXIMILIANO

Ruego á los señores generales que no extravíen la discusión con asuntos ajenos á ella... Está sobre el tapete la proposición del general Márquez para encerrarse en Querétaro...

MÁRQUEZ

En Querétaro suficientemente artillado y fortificado; está claro.

MIRAMÓN

Yo voto en contra.

MÁRQUEZ

Y yo voto por la afirmativa.

(Castillo, Mejía, Vidaurri y Salm-Salm se ponen del lado de Márquez. Del lado de Miramón vota sólo Ramírez Arellano. Se alzan todos de los asientos que ocupan, y mientras se apresta la mayor parte á discutir el problema de si Querétaro es ó no punto defendible, el Emperador toma la palabra. Todos se la ceden creyendo que va á ilustrar el negocio pendiente, y más cuando empieza diciendo:)

«Ya veis si mis paseos por mi amada ciudad de Querétaro me han aprovechado...»

(Todos le oyen con positiva atención y seguros de encontrar en su palabra la resolución del problema de vida ó de muerte que les preocupa.)

MAXIMILIANO

¡Qué ciudad más bella que esta monacal ciudad de Querétaro! Aquí pasaría mi vida sin tener nada que pedir. Una celda fresca, amplia y bien soleada, un libro substancioso, un tintero de asta, un sayal de estameña que mudar en cada estación, un huerto cerca de esa misteriosa y lujuriente Cañada que se mete en el poblado, como las infantinas de los libros de caballerías se meten en las cuerdas de los caballeros de aventura: esto me satisfaría...

CASTILLO

(Que es sordo como una tapia, al grado que en medio del fuego más terrible tiene que preguntar tres cosas que en el ejército se llaman las cosas de Tío Castillo:)

¿Ya? ¿De dónde? ¿Todavía?

(Creyendo ó suponiendo que el Emperador está diciendo las mayores discreciones en materia de táctica y castrametación, hace señas de asentimiento con la mano, que no tiene cerca de la oreja, con que escucha más mal, y dice lleno de fervor:)

Es claro, es claro, y se necesita ser un infeliz en asuntos militares para no estar de acuerdo con Su Majestad. Eso es lo derecho; eso es lo que aconsejan los tratadistas; así habría hablado un Napoleón I...

MAXIMILIANO

Y ¡qué edificios hay en esta tierra, Dios mío!... Esta mañana entré, en compañía de Ormaechea, á esa vieja iglesia churrigueresca que le llaman Santa Rosa. ¡Qué belleza! No me imaginaba que tuvieran aquí cosa semejante; ese monumento debía estar bajo fanal y enseñarse sólo á los que demostraran tener la cultura necesaria para darse cuenta de su mérito... Desde el pórtico, que recuerda la extravagante arquitectura de las iglesias moscovitas, hasta el interior, miniado y recamado como una joya ó como un guadamecil de brocado, todo es interesante, todo es bello, todo es gracioso en esa vieja construcción... Hay en el exterior unas horribles máscaras esculpidas en piedra, que hacen estremecerse á quien entiende un poco de arte... Parecen las figuras de daimios japoneses que se conservan en Lisboa, y que dan idea de la mueca de dolor más grande que pueda sacudir al ser humano; parecen esas carátulas de Creón, el terrible personaje de Sófocles, que hacían mal parir á las mujeres... ¿Qué terribles sueños de miseria y de tristeza perturbaron al artista cuando concibió esas tremendas figuras? ¿Qué demonios le atormentaron, qué quimeras le acosaron, qué genios ocultos y misteriosos le comunicaron su inmensa visión de lo trágico y de lo espantable?

(Todos están dudosos y parados, como no queriendo dar crédito á sus oídos; no conciben que puedan llamar la atención de nadie los angelones de los retablos y las figurotas de las portadas, y llegan á pensar que el Emperador se chancea con ellos.)

MAXIMILIANO

(Continúa poseído del estro lírico y resuelto á agotar el tema ante aquellos generales que no entienden palotada de arte.)

Se entra á aquella nave y parece que se penetra en el interior de un topacio: todo es oro, todo brilla, todo reluce con los mil cambiantes que le imprime la luz... La luz es rubia, entra mudada de color á aquel joyero elegante y misterioso, y al descender, ¡cómo ilumina las viejas figuras de santos y de prelados, de quimeras y de diablos, de beatos y de renegados!... La columna es grácil, elegante y esbelta; mas de repente se quiebra, se desune, se separa y cae en una explosión de rosas, en una lluvia de guirnaldas brillantes y delicadas que parecen un pactolo animado... Todo cuanto se diga parece poco para ponderar la docilidad de esa piedra: ni la madera, ni el cuero, ni la cera misma podrían tratarse así. A la derecha, conforme se entra, hay una figura de mujer que me hizo soñar una hora entera que duró el santo sacrificio. Ni la Gioconda del Vinci tiene esa sonrisa enigmática, esa sublime inconsciencia retratada en la fisonomía, esa noble y admirable renuncia de la tierra, esa expresión resignada ante las crueldades del destino. Me he de llevar ese cuadro y le he

de colocar en la sala de Yucatán, donde lucirá como pocas joyas podrían lucir... ¿Y sabéis lo que más me cautiva de esa linda construcción? Que el oro se ha llegado á atenuar, á adquirir tonos y pátina y colorido... No es el oro plebeyo que luce en las arcas de los usureros y en las planchas de las mesas de juego; ni es el oro brillante y chillón que aparece en las joyas de los advenedizos; es oro fino, es oro de ley, es oro aristócrata, salido de las minas hace cientos de años y en diario contacto con los elementos, que se han encargado de darle nobleza y primor... Y luego los púlpitos, de la más fina marquetería, los confesonarios, cincelados, repujados y coloridos por mano de ese artista sin igual que se llama el tiempo, y que, como nadie, sabe recamar, pulir, arreglar, poner y completar lo que no sale perfecto de mano de hombres... Y ¡qué naturaleza, amigos míos! Ya sabréis que mandé levantar mi tienda de campaña en el cerro de las Campanas, donde pasaba las noches envuelto en mi zarape mexicano y con la cabeza recostada sobre un fusil. Buscando un asilo favorable para la lectura—pues ya sabéis que traje conmigo diez tomos de mi *Bibliotheca graeca* de Firmin Didot,—me metí en lo más recóndito del cerro. El sol caía á pleno y hasta las aves callaban en sus nidos; seguí avanzando y no tardé en hallarme en una gruta que parecía la de las ninfas, en que Dafnis y Cloe tenían sus ardientes y amorosos transportes. Y en efecto, debe de haber estado dedi-

cado aquel retiro á alguna divinidad amorosa, pues cabalmente empezaba á recrearme con los primeros *Oaristijs* de Teócrito, cuando sentí una respiración anhelante. Temeroso de haberme topado con algún reptil,forcé la vista, y ¡cuál sería mi sorpresa al ver levantarse de la grama olorosa á dos amantes que trataban de marcharse pidiéndome excusas, y que me agradecieron en extremo que no interrumpiera sus sacrificios á la Venus rústica y troglodita!...



DON SEVERO DEL CASTILLO

(Los generales se miran asombrados; Miramón se detiene ante el soberano, y con visibles esfuerzos para no hacer explosión le interrumpe al paso:)

MIRAMÓN

¿Y cuál es por fin la resolución de Vuestra Majestad acerca del negocio materia de la junta?

MAXIMILIANO

(Como saliendo de un sueño.)

No me preguntéis esas cosas, mi querido Miguel; dilu-

ciudadlas con el general Márquez, que tiene todos mis poderes...

MIRAMÓN

(Dominándose con trabajo.)

Sin embargo, Sire, vos sois el jefe del ejército.

MAXIMILIANO

Es claro, Miguel, es claro; pero yo, en mi calidad de marino, nada puedo decir de operaciones de tierra.

MIRAMÓN

Mas en vuestra calidad de jefe del ejército de tierra...

MAXIMILIANO

He delegado todos mis poderes en el general Márquez. Vos sois el jefe de la infantería.

MIRAMÓN

(Saliendo en compañía de Arellano luego de hacer la reverencia, y apretando el brazo de su amigo.)

Manuel, Manuelillo, ¡y pensar que vamos á perder la vida por hacer el capricho de este artista cursi que tomamos por un hombre!...

ESCENA SEXTA

Plaza del convento de la Cruz.

MIRAMÓN, MAXIMILIANO, después MÁRQUEZ, MÉNDEZ, LÓPEZ y demás oficiales.

MIRAMÓN

Vuestra Majestad debe creer á quien ha adquirido más experiencia que nadie en estas guerras civiles y que posee una gran experiencia en lo que se refiere al modo de pelear de los mexicanos. Si Vuestra Majestad no lo tomara á mal, yo me permitiría decirle que no me explico qué hemos venido á hacer á Querétaro, puerto cerrado, plaza indefendible, lugar negado para todo lo que no sea rezar un buen rosario, tener coloquios más ó menos espirituales con las monjas y los curas, y comer dulces hechos por manos consagradas al servicio de Dios y de la gula...

MAXIMILIANO

(Con sorna.)

¡Callad, volteriano; callad, masonete!...

MIRAMÓN

(Entusiasmado y resuelto á decir algo que al parecer lleva muy adentro.)

Si Vuestra Majestad se hubiera dignado dar oído á mis pobres consejos, quizás á estas horas no existiría ni